

se pone à juzgar debaxo de tales condiciones, es un hombre enteramente fatuo, ò loco?

18 Pues, señor mio, aquí viene lo del Profeta Natan à David: *Tu es vir ille*. Vmd. ò qualquiera, que viviendo estragadamente, retarda muchos años la penitencia, es ese Pedro, y aun mucho mas ciego, y desbaratado que ese Pedro. Atienda Vmd. está jugando con Dios la felicidad eterna contra la temporal; de tal modo, que todo lo que puede ganar, viviendo tan à rienda suelta, son cincuenta, ò sesenta años de una vida comoda, ù deliciosa, que es lo que Vmd. llama gozar del mundo. Pero si pierde (¿cómo podrá leerlo sin estremecerse?), si pierde, pierde la felicidad eterna. ¿Y qué es perder la felicidad eterna? Es quedar condenado à arder eternamente en las llamas del abysmo, en la horrible compañía de todos los espíritus infernales. Eternamente digo, no por uno, no por cien siglos, no por cien mil millones de millones de siglos, ni por tantas millonadas de millones de siglos como tiene arenas el mar, y atomos el ayre, sino eternamente. De modo, que pasadas todas esas millonadas de millonadas de siglos, estamos como al principio, y principio de una cosa, cuyo fin nunca llegará.

19 Mas no obstante la infinita desigualdad (que ciertamente no es menos que infinita) entre lo que el pecador vá à ganar, y lo que vá à perder, ya podia reputarse por algun consuelo, aunque levisimo, si tubiese una muy excesiva probabilidad de no perder en ese juego la eterna felicidad, aunque quede subsistente alguna menor probabilidad de perderla. ¡Pero, ay, Señor! que no solo no resta ese levisimo consuelo, mas por esa parte se agrava mucho mas el desconsuelo. Pues por lo que dixé arriba, de que tanto mas difícil se hace la penitencia, quanto mas se dilata, se infiere, que en los que la dilatan por muchos años, mucho mas si la retardan hasta los postrimeros dias, ò postrimeras horas, es, sin comparacion, mayor la probabilidad de baxar al Infierno que la de subir al Empyreo.

Es-

20 Estoy firme en el concepto de que, aun quando Dios no hubiese revelado, que de tantos Catholicos, como hay en el mundo, solo uno se habia de condenar, todos deberiamos estar en continuo temblor, temiendo cada uno que sobre su cabeza cayese ese espantoso rayo. Confieso que la contingencia, respecto de cada uno en particular, es rara. Pero si esa contingencia viene, el daño es infinito. ¿Qué quiere decir esto? Que excede infinitamente lo terrible del daño à lo raro de la contingencia. En esta comparacion tiene cada particular la medida de su peligro. Es decir: la contingencia es rara; pero es riesgo de un mal infinito.

21 Mas si qualquiera en particular, aun siendo la amenaza à uno solo, debe temblar, ¿quanto mas éste, aquel, y el otro, que con la continuacion de delitos continuamente están provocando la soberana indignacion, para que la dirija à ellos? Quanto mas, si la amenaza no es à uno solo, sino à todos los pecadores, y con mayor indignacion à los muy relaxados?

22 Ahora, pues, señor mio, ¿en qué quedamos? ¿No es ya tiempo de capitular con Dios? Sí lo es; ya há muchos dias que lo era. Sí lo es; y acaso no hay ya mas tiempo para capitular que el presente en que Vmd. esta leyendo esta Carta. ¿Qué sabemos si en la resistencia à este llamamiento constituyó Dios el ultimo termino al exercicio de su misericordia con Vmd.? ¿Qué sabemos si este es el plazo fatal destinado à cerrar la puerta de la clemencia, y abrir los diques de la ira?

23 De dos modos puede Dios hacer esto: ò quitandole à Vmd. la vida, ò negandole la gracia. La vida en el hombre mas robusto está pendiente de un hilo. Así, ¿quántas veces se han visto sugeros de una complexion, al parecer sanísima, en el mayor vigor de la juventud dár consigo repentinamente en el suelo, privado de toda accion el cuerpo, y de todo conocimiento el alma? Mas como estos son pocos, respecto de aquellos, que, postrados en la cama, paulatinamente ván rindiendo el

aliento al porfiado combate de una enfermedad, este riesgo dá, por lo comun (aunque contra toda razon) poco cuidado. Concederéle, pues, á Vmd. que sean pocos los que peligran por la repentina privacion de la vida. ¿Pero quién sabe si son pocos, ó muchos los que se pierden por la denegacion de la gracia? Es de creer (y las reflexiones, que he propuesto arriba, lo prueban invenciblemente), es de creer, digo, que de los que viven años enteros en desgracia de Dios, dilatando mas, y mas la conversion, sean muchos, sean los mas (¿qué sabemos si todos, con excepcion de un corto numero?) los que padecen esta lamentable destitucion de la Gracia divina.

24 ¿Pero qué? ¿Les falta á estos la asistencia de toda gracia? No por cierto. Yá sobre este punto me expliqué arriba. Creo, siguiendo la sentencia mas comun de los Theologos, que á todos se les dispensan aquellos auxilios con que pueden convertirse. Sí; ¿Pero aquellos con que efectivamente se convertirán? ¿Está obligado á dar estos el Altísimo? ¿Y mucho menos á los que continuadamente los han estado desmereciendo; á los que continuadamente han estado abusando de su clemencia, y exacerbando su ira?

25 Pero reconozco que Vmd. me puede salir al paso con una objecion que le parecerá muy plausible. Habrá oído Vmd. de muchos, y aun los habrá conocido, que vivieron muy estragadamente; y con todo, llegando el caso de adolecer mortalmente, y conocer que inevitablemente se mueren, hacen todas las diligencias christianas que pide el lance; solicitan de Dios con lagrimas el perdon de sus culpas; se confiesan; reciben con sensible devocion el Viatico; oyen las exhortaciones, que se les hacen, con demostraciones de que se les imprimen en el corazon. Los mas, casi todos los que mueren á paso no muy acelerado, mueren de este modo. Luego los mas hacen verdadera penitencia en las cercanias de la muerte, aun en caso que la dilaten hasta aquella extremidad.

26 ¡O cuánto me alegrára yo de que ello fuese así! ¿Pero esas señas de verdadera penitencia son ciertas? ¿Son claras? No, sino muy equívocas, y oscuras. ¿Qué han de hacer los miserables puestos en aquel conflicto? Lo que hace el forzado de Galera, que empuja quanto puede el remo, porque vé enarbolado sobre su espalda el latigo del Comitre: lo que hace el reo puesto en la tortura, que confiesa lo que no quisiera confesar. ¿Hay en todas aquellas acciones un mixto de voluntario, è involuntario, donde no se puede definir qual de los dos prevalece? ¿Qué sé yo si exprime aquellas lagrimas, mas que el dolor de haber pecado, el sentimiento de que yá no se puede pecar mas? Acaso este afecto vá tan disfrazado en aquel, que ni el mismo pecador lo puede discernir.

27 Como quiera que sea, la Sagrada Escritura nos presenta dos exemplos de estos tardios arrepentimientos, uno en el Viejo Testamento, otro en el Nuevo, que al mas intrépido corazon deben hacer temblar. El primero es del Rey Antioco de Syria, de quien en el libro 2 de los Machabcos, capítulo 9, se refiere, que despues de haber cometido muchas, y graves maldades, acometido de una terrible enfermedad, recurrió á la clemencia del Señor con tales demostraciones de arrepentimiento de lo pasado, y tales protestas de enmienda en lo venidero, que, segun se explica la Escritura en aquel lugar, parece que no caben mayores, ó mas fuertes. ¿Pero todo esto de qué sirvió? De nada. El Sagrado Texto lo expresa. Clamaba, dice, aquel mal Principe al Señor, de quien no habia de obtener misericordia: *Clamabat scelestus ad Dominum, à quo non erat misericordiam consecuturus*. Añadiendo despues, que feneció la vida con una muerte infeliz: *Miserabili obitu vitam finivit*.

28 El segundo exemplo es el de las Virgenes necias del Evangelio. ¿Qué diligencia omitieron aquellas miserables de las que eran necesarias para evitar su condenacion? Ninguna, al parecer. Solícitas fueron á buscar el misterioso aceyte, que les faltaba. Emplearon en él su

caudal. Volvieron atentas con él à los obsequios del Esposo. Esto, y no mas hicieron las cinco Virgenes prudentes. Pues ¿como estas se salvaron, y las otras fueron ignominiosamente repelidas? Unas, y otras hicieron las mismas diligencias. Toda la diferencia estuvo en que las necias las hicieron tarde, y las discretas en tiempo oportuno.

29 Esto no es decir, que los esfuerzos, que hace el pecador para obtener el perdón de sus pecados, no sean utiles, aunque muy tardios, como sean sinceros; sí solo, que rarísima vez son sinceros, quando son muy tardios. Y me parece prueba clara de esta verdad la experiencia de los muchos pecadores de habito, que en las angustias de una peligrosa enfermedad dan quantas muestras se pueden desear de un serio arrepentimiento; pero cobrada la salud, y reintegradas en todo su vigor las fuerzas, vuelven al mismo desorden, con que vivian antes de enfermar. No quiero yo decir, que una reincidencia, ni aun muchas reincidencias sean señal evidente de que los propositos de no pecar, que las precedieron, fueron falaces. Este discernimiento pende del conyuntorio examen de varias circunstancias que proponen los Theologos Morales. No hablo de esos pobres muy fragiles, que quantas veces caen, impelidos de una violenta passion, tantas procuran levantarse con ansiosa sollicitud; sino de aquellos, que à no mucha distancia del recobro de la salud vuelven al mismo habito vicioso que tenian antes de la enfermedad, al mismo exercicio usurario, à la misma ocasion proxima, al mismo concubinage, al mismo odio permanente del ofensor, à la prosecucion del mismo pleyto injusto, à la misma venalidad de la judicatura, à la misma proteccion del facinoroso, à la continuacion de los mismos medios ilicitos, para saciar, ò la ambicion, ò la codicia, &c. ¡O quantos, y quantos hay de estos, que vertieron muchas lagrimas en la enfermedad, y las hacen verter à otros en la salud! ¿Qué confianza, pues, puede tenerse de aquella confesion, de aquel arrepenti-

miento, de aquel proposito, que arrancó del corazon, mas un miedo puramente servil, que una sincera voluntad?

30 Pero lo que mas eficazmente convence, que en los hombres muy entregados al vicio muchas de las muestras de penitencia, que dan, constituidos en el peligro, son ilatorias, es, que rarísima vez, los que cometieron pecados, que obligan à restitution, la executan. Yo, por mi profesion, y aun en parte por condicion genial, mas propensa à la soledad, que al bullicio, vivo fuera del mundo; pero tan en sus confines, que oygo mucho, y aun algo veo de lo que pasa en él. He conocido algunos usurarios, no pocos usurpadores de haciendas ajenas; muchos, que con imposturas, y fraudes ocasionaron grandes perjuicios à los próximos; los quales pecadores ya están en el otro mundo, y salieron de este sin hacer la mas leve diligencia para restituír, aunque tenian medios sobrados para ello. ¿Pues no se confesaron? ¿No dieron sus golpes de pechos? Muchos lo vieron. ¿Pero se confesaron bien? Eso es otra cosa.

31 El juicio mas benigno, que puedo hacer de estos miserables es, que varios cuidados respectivos à sus mas allegados, los dolores de la enfermedad, la afliccion de ver que se acababa la vida, la separacion de quanto amaban hasta ahora, los distrahen de modo, que desatienden lo que es de su suprema importancia. A que se puede añadir alguna perturbacion del cerebro, que muy rara vez falta en las graves enfermedades, por mas que se diga de muchos que conservaron cabal el juicio hasta el ultimo momento.

32 ¿Pero, ay señor mio! ¿Esta peligrosísima, y fatal distraccion, que acompaña las graves enfermedades, no amenaza tambien à Vmd? ¿Aunque en desiguales grados, no amenaza à todos? Digo en desiguales grados, porque es mucho mas terrible, mas executiva esta amenaza, respecto de aquellos, que vivieron en una gran relaxacion. La razon es, porque estos, aun estando peligrosamente enfermos, dilatan comunmente la Confesion, hasta que el Medico abiertamente les dice, que no tienen remedio; y entonces ya son mas graves los dolores, mayores las congojas del animo, mas

densas las nieblas de la razon, mas ruidoso el tumulto de pasiones, y afectos, concurriendo todo à dificultar mucho, mucho (¿qué sé yo si à imposibilitar?) una Confesion buena.

33 ¿Qué mas diré à Vmd? ¿Pero qué mas puedo decir? ¿O qué tiene Vmd. que responder? ¿Por dónde se puede escapar? Todas las avenidas están tomadas. Que recurra Vmd. à la infinitad de la Divina Misericordia, que à lo largo de la vida, que à la posibilidad siempre subsistente de la penitencia, que al libre uso del alvedrio, que à la prometida asistencia de la gracia; todo está pasado en cuenta. A qualquiera parte que Vmd. vuelva los ojos, se hallará rodeado de los precipicios que le he mostrado en esta Carta. De la Misericordia yá Vmd. ha logrado infinito mas de lo que merecia, y mucho mas que lo que debía esperar. De la asistencia de la gracia digo lo mismo. El libre alvedrio sin ella es un pobre inválido. La vida no tiene un momento seguro. La penitencia, aunque siempre posible, cada dia se vá haciendo mas, y mas difícil; porque quanto ella mas se dilata, tanto los auxilios se dispensan con mas escasez, y encuentran mas duro el corazon.

34 Y pues no tengo mas que decir, concluyo repitiendo lo que dixé arriba, que acaso en esta Carta hace Dios el ultimo llamamiento à la puerta de ese corazon, y desde ahora la deposita en su eterno archivo, para agregarla à los demás cargos en el dia de la cuenta. Quedo a la obediencia de Vmd. Oviedo, &c.



# CONVERSION DE UN PECADOR,

P O R

*DON GERONYMO MONTENEGRO,*  
SU VERDADERO AUTOR;

Y no el que algunos años há se figuró en la Gaceta de Zaragoza.

AÑADIDAS

*Unas Decimas espirituales por el mismo Autor.*



MADRID. M.DCC.LXXIV.

POR PEDRO MARIN.

*Con las Licencias necesarias.*

A costa de la Real Compañía de Impresores, y Libreros.